

BERNARDO RUIZ

Pueblos fantasmas

(1978-1998)

México, D.F.

XVI

Canto la forma perfecta de tu cuerpo,
tus muslos playa, noche, cataclismo;
la sombra de aquel árbol un suspiro
y esa piel la piel de la amapola.

Eres el muro en el que chocan mis deseos,
casa de ilusiones y de ensueños,
figura fiel de diosa de otros mundos,
carne de la carne,
pasión, herencia,
de una Eva perfecta en hermosura.

Una taza de café, un lecho,
las sábanas esconden tus secretos.
Soy el vacío, tu canto, soy tu espejo.

XVII

Ávido, como el mastín sobre la presa
deseo perderme imprudente,
más allá del instinto y la costumbre
en el temblor húmedo
de un beso.

XVIII

Impávida la espada de Montcalm,
el vencedor de la batalla,
duerme en oscuro rincón, tras la vitrina.
Frente a ellas, el triste poeta enamorado
piensa en la mujer, piensa en su vida
e ignora cualquier otra presencia
que colme de belleza su mirada.

XIX

Olvidada la batalla
y el grito agonizante, ajeno.
Guardado el sable
al pie de la estatua que corona
arco de Victoria.
En históricos volúmenes, la fecha.
El mármol carcomido en cáncer.

Permanece la hierba solamente,
el lento paso de los enamorados
y un cielo azul
sin marcas ni registros.

XX

Un parque, una calle,
la esquina donde el mundo
y una dulcería confluyen
son pretexto para recordar aquel instante
donde el tiempo guarda estrellas,
conchas, verde hierba,
la caricia original, primera.

XXI

Ahora el aroma de esa flor
imita el perfume de la rosa.

Ni rosa ni nombre ni botánica
capaces para describir
la imagen del primer encuentro.

XXII

Él hizo el lenguaje en su inmensidad.

Yo apenas tengo la palabra,

pozo de sombra,

bóveda eterna

donde anidan la soledad,

las líneas de mi mano,

estos renglones.

XXIII

Asciende con lentitud
los peldaños de la torre.
El cielo sigue lejos.
Expectantes, treinta mil oídos
aguardan sus palabras, el golpe de viento,
la esperanza.

Tras las puertas de la ciudad
las bestias pastan bajo el mismo cielo.

XXIV

Para Pablo Javier

Desde hace algunos meses
hay libros y poetas
que releo
incapaces de quedarse entre mis manos.

Hasta la ventana voy,
miro la calle sin árboles,
los edificios,
el paseo del polvo
en el corredor del viento.

Desde hace algunos años
los amigos de otros tiempos
no se acercan a mi puerta.
Escribo.

Hay una mujer sobre esta acera suspirando de amor.

Un hombre camina por el otro sendero de la calle
colmado por el deseo.

No se conocen.

Paciente doncella, la luna
pasea por el firmamento.

En las luces extintas de las ventanas,
en los cuartos luminosos de los hoteles,
incontables encuentros corporales y el Amor
consuman su obra de gritos y silencios.

A poca distancia del balcón que me sostiene,
un hombre sucio, aparentemente viejo,
quizá alcohólico,
permite que la muerte lo trabaje.

Mi mujer duerme,
mi hijo juega con las formas de sus sueños
y un murmullo
nace en el lejano condominio de allá enfrente.

Enciendo mi cigarrillo con la mera intención de que mi rostro
iluminado por la resplandeciente brasa
pase lista
en la ignorada línea
—si la escribe—
de algún ingenuo constructor de versos.

XXVI

Como siempre, el verano;
tal y como lo recuerdas,
desde hace años:
tardes despejadas, la ciudad,
ninguna nube;
—a veces, como hoy,
la lluvia encarcela el alma.

Dijiste adiós y no volvías;
como en un cuadro pendiente
de los muros de tu cuarto,
cada noche me asomé a la ventana;
ni la huella de tus pasos,
ni un sonido.

Pasó el tiempo.
Lloras;
había veranos parecidos,
ahora éste.